

Marco Aurelio Carballo, el escritor

GUSTAVO GONZALÍ MAYORAL

Desde aquel primer libro de cuentos elaborado por la Editorial El Mendrugo con pastas de cartón e impreso en papel de estraza, ese papel que ahora sólo sirve para envolver las tortillas, hasta el libro que hoy presentamos han pasado inexorables 28 años, 20 libros; dos premios a escala nacional sobre periodismo, el premio Chiapas de Literatura y un sinfín de reconocimientos, donde destaca una mención honorífica y otra especial por la Universidad Veracruzana.

Todos estos reconocimientos –que curiosamente los ha recibido fuera de Soconusco–, no son un regalo ni un gracioso privilegio, sino el resultado del esfuerzo permanente a través de varios lustros. Día tras día, año tras año, escribiendo, corrigiendo, despojando a los textos de la grasa y los rípios, de lo inflado y lo confuso y, vuelta a corregir para dejar nada más el músculo y el nervio que llevará a quien lee hasta el final de lo escrito. El lector no se debe detener, no debe interrumpir la lectura, aunque la vejiga o los intestinos le estén acicateando el ánimo. Esa es la tarea del escritor y MAC lo ha logrado.

Pero no sólo los libros y los premios y los conocimientos se acumulan. Se acumulan también las vivencias que son para el escritor la materia prima. La argamasa para moldear su trabajo y quien escribe no puede permitir que esas vivencias se le traben en las entrañas, porque corre el riesgo de sufrir una indigestión existencial, que lo postraría en la inmovilidad y en la angustia de no saber qué está haciendo, es necesario sacarlas vía crónica o relato o novela, sólo así puede estar en paz con la vida, o más bien con el sentido que para él tiene la vida.

Con toda esa experiencia, MAC nos vuelve a sorprender con este libro cuyo título no tiene nada que ver con la salud mental de ninguno de sus seres queridos: Mamá estaba loca y otras Turbocrónicas.

Digo que nos sorprende porque para este libro el escritor se convierte en reportero, pero no de la noticia escandalosa o de los hechos que por su naturaleza llaman la atención. No, él ha decidido reportear a la propia vida en todas sus manifestaciones, pero sobre todo en los detalles diarios, aquellos que le dan estilo a la existencia. Pero no sólo husmea en la sustancia de la vida, se reporta así mismo y nos entrega en bandeja de plata la aventura de su propia realidad. Es decir, sostenido por dos oficios distintos –periodista y escritor– nos ofrece este libro donde las vivencias acumuladas, algunas a través de Feldespato, su alter ego, se convierten en narrativa del más alto octanaje, donde se pueden disfrutar las anécdotas, en una prosa sugestiva y cautivante dándole una nueva dimensión al placer de la lectura. Su prosa, carente del adjetivo machacón y molesto, entusiasmo y se agradece.

Escribir, quizá puede hacerlo cualquiera, con un poco de sentido común y dedicación, pero resulta que la literatura es una de las Bellas Artes y por eso escribir bien no es tan fácil. Se deben conocer, entender y dominar una decena de reglas que muchas veces los aficionados, como yo, ni siquiera saben que existen y con esto no me refiero a las reglas de la gramática y la ortografía. Anacolutos, queísmos, cacofonías, aliteraciones, sinalefas y otros solecismos perversos de la escritura, fueron creados para hacerle la vida imposible al escritor. Seres informes escondidos detrás de cada palabra, de cada línea o frase dispuestos a despedazar el trabajo de quien escribe. Se debe tener bien templada la vocación para no caer vencido ante el ataque de estas perversidades dedicadas a ponerle traspies al arte perenne de la literatura.

Las crónicas que encierran las páginas de Mamá estaba loca...lo hizo merecedor del Premio “José Pagés Llergo” un galardón acariciado con persistente antelación. Este libro nos lleva a momentos sublimes en la vida de Marco Aurelio: a un congreso de escritores, a conocer la solidaridad de Saramago con el pueblo chiapaneco y, a ciertas ocurrencias del general Cárdenas, entre otras aventuras que prometen una tarde plácida gozando la turbonarrativa de Marco Aurelio Carballo en un lenguaje sincero y espontáneo. ■